

# **GALERIA DE CUADROS INEXISTENTES**

Para

Alicia, Guadalupe,  
Luisa y Rafael.

## I

Una naturaleza hecha de puntos:  
desde el más mínimo objeto  
-una pequeña cochinilla que se enrosca  
en su timidez-  
hasta las montañas blasfemantes  
con las que la tierra increpa al cielo.  
Todo, hecho de puntos,  
de manchones en miniatura,  
de muchedumbres y muchedumbres de átomos  
-que son rompecabezas del espectro-  
y que, sacados de la nada  
por un pincel,  
hallan en la pintura la manera  
de asomarse en el lienzo a las miradas.  
Lo discreto sustituye a lo continuo:  
los puntos rompen filas en las líneas  
y los trazos se despliegan en racimos  
de unidades.  
Imaginemos al pintor en su faena:  
realza hombres con aperos de labranza,  
mujeres cargando -canasto en la cintura-  
vergeles y festines condensados.  
Tras de un punto y seguido,  
hace niños, vacas hipnotizadas por su propio cencerro,  
un colibrí decolorado de tanto cantar  
y un día que se ciñe -con la tarde- su traje de dormir.  
Después de un punto y aparte,

echa a volar una parvada de asustadizas nubes  
formadas con puntos que son gotas que son agua  
fijados en la tela por la técnica tartamudeante  
del *puntillismo*.

El lienzo llega a su clímax  
cuando la inspiración del artista  
redondea en su mente,  
su mano,  
su destreza  
el lumínico orgasmo  
de su punto final.  
(*El atardecer, George Seurat*)

## II

Aprehensión infraganti del desorden:  
una mujer acunando un espejo,  
muros plagados de hojas, medallas de hojalata  
y orejas de elefante.  
En una cordillera,  
la colección más espectacular de ojos  
en lo que va del siglo,  
y aquí, casi a la mano,  
pájaros picoteando relojes,  
y pequeños trenes saliendo  
de su cáscara de huevo.  
(*Incógnita, Max Ernst*)

## III

Seguida de su vieja institutriz,  
la muchacha lleva en la mano derecha  
un gran barco de papel  
y en la izquierda un charco que se le va derramando.  
Camina casi corriendo,  
no vaya a ser que alguien se le adelante  
en la creación del mar.  
(*La prisa, Remedios Varo*)

## IV

Con alma de niño y mano de pintor,  
el artista aprovecha  
el día en que se ausentó del mundo

la ley de gravedad,  
para plasmar sobre la tela  
un vuelo inusitado  
de disímiles objetos:  
un ropero que se tutea con las palomas,  
niños que juegan a la rayuela con las nubes,  
conejos que vienen en picada,  
el sol que, en el cenit,  
es un círculo escapado  
de las manos de un geómetra  
y, hacia arriba del cuadro,  
un gran huevo de cigüeña  
con las alas nonatas.  
*(Juguetes del espacio, Paul Klee)*

## V

Tras la ventana,  
tal vez en pos de Leda,  
un cisne se desliza  
en su barca de círculos concéntricos.  
Adentro, en la sala,  
sobre la mesa,  
un florero apretuja un ramillete  
de marchitos cuellos  
de cisne.  
*(Safari, René Magritte)*

## VI

Grandes moles de granito  
y construcciones de mármol  
intercambian frías opiniones  
sobre la geometría.  
En la calle,  
un hombrecillo minúsculo,  
insignificante,  
desnudo  
-con su única pertenencia  
(la sombra)  
regada por el suelo-,  
entreabre los labios.  
No se sabe si emite una plegaria  
o una blasfemia.  
*(Punto de vista de Dios, Giorgio de Chirico)*

## VII

En el bosque exuberante  
hay serpientes, búhos, arañas,  
aves del paraíso  
y un claro.

Durante el día -ahora es de día-  
el claro toma baños de sol:  
el chubasco de amarillos amenaza  
con salpicarnos las pestañas.

No obstante, las sombras de los árboles conspiran  
a favor de la noche.

Al centro del cuadro,  
dos figuras geométricas  
hacen el amor desesperadamente.  
(*Nacimiento del cubismo*, Paul Cézanne)

## VIII

Las once de la mañana  
retoza con los trigales y las polvaredas.

Un espantapájaros  
que no es sino un fantasma crucificado  
le da cierta ciudadanía al silencio.

La niña busca algo en el horizonte:  
entrecierra los ojos  
para que el sol no le quemé las entrañas.

Camina feliz, siente  
que ha sacado a pasear a su vestido nuevo,  
esplendente como el de una flor  
que tuviera de modista  
la gloria de los prados.

Fácil es imaginar que ayer  
las manos de su madre,  
desveladas,  
pusiéronse a soñar sobre una humilde tela  
las pulgadas, los pliegues y botones  
de la hermosura.  
(*La niña endomingada*, August Renoir).

## IX

El rectángulo -decía Mondrian-  
es mi forma geométrica preferida.  
Pero aquí predominan las curvas sensuales,  
los pezones alados,  
la explosión de cinturas,

la orgía de las circunferencias.  
Los pocos rectángulos que están frente a nosotros,  
que se hallan viendo fijamente las elipsis,  
tienen como utopía la cuadratura del círculo.  
(la perfección, Piet Mondrian)

## X

En las fosas nasales de la bestia  
se acurrucan dos ojos  
que respiran las miradas  
de la mujer de al lado.  
El movimiento es más importante  
que la línea,  
el color redundante  
o la perspectiva reumática  
en el elenco de la pintura.  
El pintor que amasa todo  
y lo coloca en las coordenadas de la exactitud  
y los aledaños de la perfección,  
no tiene sus neuronas  
en el manicomio de la locura,  
sino que es un enorme,  
impecable, genial realista  
recién llegado  
del caos.  
(*El nuevo orden*, Pablo Picasso)

## XI

El mismo paisaje de Millet, o casi,  
pero arrojado a las fronteras de lo sobrenatural  
por la mano -desequilibrada mentalmente-  
del pintor.  
Una majada de colores oscuros,  
pastoreada por el negro,  
llega pisoteando los sembradíos  
e inundando los surcos.  
Las nubes arremolinadas,  
seducidas por el desorden y los gritos destemplados  
que llevan en la entraña,  
anuncian la tormenta  
como el mayordomo  
que golpea con su bastón el piso  
e indica la presencia en el salón  
de Júpiter Tonante.  
Los amarillos huyen hacia los horizontes.

Dos molinos, simulan aeroplanos que pugnan por salir  
inútilmente de sus minúsculos hangares  
y no hacen más que cernir,  
con el trepidar de sus hélices,  
sus pretensiones de cielo.  
*(Mi deuda con Millet, Vicent Van Gogh)*

## XII

¿Voces sin oídos?  
¿Oídos hambrientos de palabras?  
¿Hombre y mujer analfabetas  
del lenguaje de los sordomudos?  
No.  
Gritos frente a frente,  
incomunicados,  
chocando con el silencio cósmico  
de las esferas.  
¿De qué sirve tener las entrañas a la intemperie  
si los oídos de los otros  
se hallan tapiados con la cera del canto  
de las sirenas?  
*(Dos gritos, Edvard Munch)*

## XIII

La tempestad doblega los árboles  
en frías genuflexiones que arrojan al campo  
frutos, nidos, orgullo.  
El mar, empujado a la generosidad,  
riega todo un pueblo de espuma  
en las márgenes de arena.  
El techo de una casa campesina  
está a punto de dejar  
muebles, espejos, tapices y temores  
a la intemperie.  
El relámpago grita rápidamente y por poco tiempo  
el nombre de todas las cosas  
ocultas,  
invisibles,  
guardadas a dos manos  
por las doce de la noche.  
*(Noche de tempestad, Salomón Ruysdael)*

## XIV

El mar, a punto de desbordarse del cuadro.  
Las nubes, iracundas,  
y amasadas en mil formas por el viento,  
se confunden con los fogonazos de los cañones.  
Los navíos, tripulados por el furor,  
la cobardía mezclada con la temeridad  
y el heroísmo que tiene las horas  
y las respiraciones contadas.  
Son tres los barcos de guerra:  
el de en medio, ante el acoso,  
parece encogerse, hurgando en el encogimiento  
su invisibilidad.  
La naturaleza no tiende su indiferencia espectadora  
sobre el suceso:  
con su llover a cántaros y a cólera  
ante todo fustiga al asediado barco  
-que se halla no sólo entre dos fuegos  
sino entre dos aguas-  
y con el viento salido de sí se convierte  
en cómplice de las fieras marinas,  
cuando compite con su pólvora sísmica  
en la tala de la arboladura  
y en el ensordecedor desgajamiento  
del velamen.  
El impresionismo,  
dejando el cascarón de su potencia  
para advenir al acto,  
se lanza al abordaje de los ojos.  
(*Guerra en alta mar*, William Turner)

## XV

En el hombre,  
la nariz enchuecada en seguimiento  
de un huidizo perfume;  
una de las mejillas abultada  
por el bagazo de letras  
escondido en la boca;  
facciones desorientadas,  
que se encuentran fuera de lugar,  
movidas por no sé qué golpe de viento.  
El torso, desnudo  
-dejándole el pudor sólo a los huesos-,  
como bestia de carga que aguanta en su joroba  
el fardo irrenunciable  
de su monstruosidad.

En cambio en la mujer  
todo parece en su sitio  
como la artesanía salida de las manos de un dios  
enamorado de sus propios ademanes.  
En ella no hay un hombro más alto que el otro,  
no hay manotazos de un escultor en llamas,  
ni el pincel -contagiado de lepra  
al contacto con colores enfermos-  
deja pústulas de caos en la forma.  
Su cuerpo se arroja la perspectiva  
como lo hace la excelsitud  
con lo sublime.  
Mas una ni m i a de f i c i e n c i a  
arroja la perfección al basurero:  
en su espléndido cuerpo se adivina,  
como un pozo sin fondo, el hoyo negro  
de un seno sin pintar  
que hace trizas la sedosa,  
blanca,  
tibia,  
simétrica manera  
de llamar a regazo  
a toda soledad  
que se encuentre en el potro de tortura  
de su pronombre.  
*(El imposible abrazo, Francis Bacon)*